

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La Natividad, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—La Media naranja: novela original de la señorita doña Rogelia Leon (conclusion).—Tristeza del invierno (poesia), por doña Faustina Saez de Melgar.—Espanolacion del figurin que se reparte con este número.—Espanolacion del pliego de dibujos que tambien se reparte.—La Pastora del Guadiela, novela original de la señora doña Faustina Saez de Melgar: pliego 66 y último, que se reparte tambien con este número á los suscritores.—Sección de avisos y anuncios.

LA NATIVIDAD.

La primera de las solemnidades católicas debia ser la mas hermosa de las fiestas de familia.

El gran misterio de la Natividad que todos los años celebra la Iglesia, viene siéndolo tambien desde los tiempos mas remotos por el pueblo cristiano, entregándose en el aniversario de tan fausto suceso á las dulzuras de un regocijo consagrado por la misma Religion.

La multitud de generaciones que han ido sucediéndose desde el año 4004 de la creacion del mun-

do, ó sea cuando cumplan los 754 del levantamiento de los muros de Roma, los 1000, poco mas ó menos, de la fundacion del templo de Jerusalem, y 29 despues de la batalla de Accio; desde aquel año, en que, segun los cómputos mejor recibidos, nació el Hijo de Dios de las purísimas entrañas de María, á través de todas las épocas y edades, se ha celebrado este agosto misterio en la ciudad y en la aldea, entre el señor y el vasallo, entre el rico y el pobre.

Ninguna religion encierra en sus historias tradiciones mas dulces, mas consoladoras, mas pintorescas, permítasenos la frase, que la católica.

Tended la vista sobre aquella olvidada ruina de un establo; mirad aquel humilde lecho de pajas donde cubierto de toscas pieles se agita y sonrie un ángel recién nacido, todo luz, todo pureza, ostentando en su frente de niño el celeste signo que la Divinidad imprime sobre el ser peregrino que llega á dar cumplimiento á todas las profecias.

¡Belen! dichosa cabaña, en cuyo oscuro recinto, envuelto en los perfumes de un prodigio, tiene lugar el principio de la humana redencion, la primera escena del sacrosanto drama cuyo desenlace lo iremos á buscar en la cumbre del Calvario.

¡Hay nada mas bello, mas poético, que el nacimiento del Hijo de Dios?

¡Cuánta ternura encierra esa tradicion, que vierte su encanto todos los años en una noche bendita!

La noche de Navidad es para todos un recuerdo purísimo que entristece sin afligir; los sueños de la infancia se deslizan en esa velada ante nuestros ojos bajo las formas de una aurora sonrosada.

Corra, pues, nuestra azarosa existencia el áspero sendero que se la haya trazado; la noche de Navidad, así para el niño como para el anciano, será siempre una expansion cariñosa del alma.

Alborada consoladora para el pueblo cristiano será siempre, aun cuando entre nubes la contemple, aquella dichosa cabaña, cercada de resplandores, rodeada de ángeles, en cuyo recinto pastores y monarcas se humillan ante un humilde pesebre donde yace el primer rayo de la verdad, la estrella mas clara del firmamento, el único y absoluto Señor de lo creado.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

LA MEDIA NARANJA.

NOVELA ORIGINAL

de la

SEÑORITA DOÑA ROGELIA LEON.

(Conclusion) (1).

Cuando aguarda un viajero llegar á una ciudad populosa donde ha de encontrar amigos, mujeres hermosas, placeres y goces, no por eso deja de hacersele penoso el camino; acaso lo siente mas cuanto mas sueña con sus devaneos y locuras. Pero sin embargo de que la vida es una penalidad sin límites, una carga que llevamos por fuerza, como su casa el torpe caracol y como su concha la remolona tortuga, no por eso podemos negar que el que tiene, como Julia, algo en su ser de divino, goza con su dolor y se hace hermano de la melancolia. Su vida solitaria era

(1) Véase el número anterior.

para ella el único bien que le restaba en el mundo. Antes cantaba solo por las noches; ahora tambien parte de la tarde daba su voz al viento, y hacia que las aves viniesen á posarse en los árboles del jardín, deseosas de aprender aquellos ecos inimitables. Y no solo las aves querian oirla, sino que, á pesar de lo apartado de su quinta, todas las tardes, cuando el crepúsculo vespertino empezaba á disipar los colores vivos del sol y á traernos las opacas luces de la noche, un pobre ciego, apoyado en un cayado grueso y envuelto en un manton de color oscuro, se venia á colocar delante de las verjas del jardín para escuchar á la extranjera. Los que hayan estado en Portugal sabrán que las señoras usan capas y los hombres mantones, y por lo tanto no estrañarán que yo diga que el ciego traia un manton á manera de rebocío, así como los escoceses llevan su *plaid*, que no es otra cosa que una prenda de esta clase de los que llamamos de *capucha*, puesto que tiene cuatro varas. Ya nadie se asustará de lo que suceda en Portugal, ni en Escocia, ni en Pekin respecto á las prendas de vestir de uno y otro sexo, supuesto que ya llevan las señoras botitos, pantalon, chaleco, corbata y cuello, y gaban, como uno de esos feos patilludos á quienes desean de continuo imitar en todo. Ellos, por contestacion á todo esto, se han apoderado del abanico (en verano, se entiende), y los vemos coquetear con él, y cerrarlo, y abrirlo, y darle vueltas, en términos de hacernos esclamar interiormente: «¡Qué lastima de coqueta tan bonita si no tuviera bigotes! ¡Qué dignidad tan ajada! ¡Qué grandeza tan perdida!» Pero... dejemos á esas locas y á esos locos, y veamos aquel pobre ciego, amante como todos ellos de la música, sentarse contra las verjas del jardín, apoyar su mano derecha sobre el cayado, y en esta la frente, y pasar así horas y horas escuchando á Julia. Á las pocas tardes reparó en él el jardinero, y dijo entre sí:

—Este pobrecito habrá venido á pedir limosna por las quintas, y cansado de las asperezas de esos caminos endiablados, se habrá sentado aquí á descansar.

El juicio no podia ser mas prudente, máxime cuando él no pudo divisar si era ciego ó no lo era, ni aun mirándole lo hubiera fácilmente conocido, pues aquel infeliz tenia ojos rasgados y hermosos;

pero una enfermedad les habia robado casi toda su luz: solo veia la claridad, y los objetos muy marcados aparecian á sus pupilas como bultos informes que se repetian en dos si era uno, y se multiplicaban muchas veces de una manera mas que cuádruple. Era un ciego, sin embargo, de los menos infelices, puesto que no le habia negado del todo su luz el sol, y que podia ir sin lazarillo; porque aunque informe, veia el peligro sin poder descifrar el objeto. ¡Sobre todo, oia! ¡oia cantar! ¡y cantar á la hermosa española! Á aquel ruiseñor venido de los frondosos bosques de Andalucía, á aquella seductora maga que robó su guzla á la preferida Sultana de algun Rey moro, y sus armonías ó los céfiros que besaron las frentes de las vírgenes mas hermosas de un templo cristiano. El ciego suspiraba, y solo por sus suspiros se comprendia que no era una estatua colocada allí para chasquear al caminante ó á los dueños de la quinta. El jardinero siguió reparando en aquel hombre, y llegando á sospechar si seria algun ladrón que viniese á sorprender aquella morada tranquila, le dijo con enfado:

—¡Eh, buen hombre, idos de ahí!

—¿Por qué me echais? respondió con voz triste, sin volver la cabeza siquiera.

—Porque os recostais contra la verja y la vais á sacar de quicio.

—Yo me colocaré mas allá si os incomodo aquí, contestó humildemente.

—¿Y no será mejor que os marcheis á otra parte?

—¡Á otra parte! ¿Por qué quereis privarme de oirla?...

—¿Por eso estais ahí?

—¿Por eso me estaria clavado en este sitio hasta morir!

—¿Tanto os gusta oir cantar?

—¿No habeis reparado que soy ciego?

—Si no os he visto aun la cara, ¿cómo quereis que sepa si teneis clara la vista ó turbia? ¡Vaya!

—Pero ¿no veis que deliro por la música?

—¡Es verdad! Achaque de ciego. Pues ya teneis misa para rato si habeis de estaros hasta que concluya. ¡Vivís muy lejos?

—Sí.

—¡Vaya una rareza! ¿Y teneis el capricho de ve-

nir aquí todas las tardes dando trompicones, sin duda solo por oír?...

—Un ángel del cielo!

—¡Eso sí! lo que es cantar bien, nadie como la señorita; pues... ¡y pintar! ¡vaya!...

—¡Bendita sea!... murmuró el ciego enternecido.

—¡Y tambien da limosnas á los pobres! ¡Es muy buena!

—Pues bien, id y decidla que un pobre que bendice su voz todas las tardes, es feliz, y no necesita nada sino escuchar sus armonías; ¡pero... no, no, no la digais nada... yo quiero oirla..., oirla, y morir!...

—Indudablemente este pobre hombre tiene perdida la cabeza por el canto. ¡Bueno, ahí os quedais, buen hombre, y podeis estar hasta la consumacion de los siglos!...

XXV.

¡Pobre ciego!

Cuando Julia supo que un desgraciado falto de vista venia todas las tardes á oirla, dijo á su jardinero que no le molestase mas queriéndole separar de allí, y que ademas viese si estaba necesitado para socorrerle.

El jardinero hizo sus indagaciones, preguntando al ciego mil cosas; pero solo supo inquirir que aquel hombre nada, nada absolutamente queria sino estar allí escuchando aquellas armonías deliciosas. Con efecto; el traje de aquel hombre, aunque sencillo, no demostraba miseria, y era jóven y buen mozo, á no estar desfigurado por una barba crecida y un cabello largo y desordenado que casi le cubria los ojos, dando á aquellas facciones un tinte de vulgaridad que en sí no tenian.

Pero como al jardinero le importaban poco estos detalles, que solo saben analizar las almas que buscan el fondo de los corazones estudiando con sagacidad los rostros, solo dijo á su señora que el pobre no era pobre, puesto que nada necesitaba, que á él le parecia mas bien un loco, y que de allí en adelante no le haria caso, supuesto que ella queria que le respetasen y no le echasen de aquel lugar.

De buena gana Julia le hubiera hecho pasar á su pabellon para que la oyese con comodidad, pues todo

ser entusiasta de la música le parecía con razón elevado hasta en la pobreza, y sublime en el infortunio. ¡Con qué gusto hubiera ella sido amiga de aquel ciego que cruzaba peligrosos sitios, acaso por oír su voz! ¡Qué delicadeza, qué sensibilidad, qué espíritu mas tierno debería poseer! Pero como no quería que nadie penetrase el misterio de su extraña vida, se abstuvo muy bien de invitarle á oírle de cerca. Muchas veces salía al jardín, y se acercaba silenciosa á las verjas por ver aquel pobre solitario esperando que ella empezase á cantar. Siempre le hallaba en el mismo sitio, vuelto de espaldas al jardín y apoyada su frente en el báculo. Entonces se retiraba, procurando no hacer ruido, y abría el piano, diciendo: «Ya no canto para mí sola. Ya hay otra alma que recibe mis armonías. ¿Quién sabe si será algún desgraciado como yo?» En la soledad nos aficionamos á todo lo que se identifica con nuestros propios sentimientos; así es que ya se hizo costumbre en Julia el ir todas las tardes al jardín á buscar su compañero de infortunio antes que sus papeles de música. Jamás le hablaba, pero recibía una alegría interior solo con ver á aquel hombre extraño magnetizado por su voz y tan puntual y constante en aquel sitio.

De seguro que si un día se hubiese encontrado enferma, no se habría quedado en cama, por no privar á aquel desgraciado de la única felicidad que parecía tener.

—Si yo no cantara, se decía, ese desventurado se iría muy triste. Acaso viva de la música, y desee aprender en mi escuela lo que á la suya falta. Quizás haga un bien que yo misma no comprendo. Acaso mitigue con mis cantos algún dolor profundo, ó tal vez endulce los dolores de una historia triste y acerba como la mía. ¡No sé... pero yo quisiera penetrar el alma de ese infeliz! Sin algo de maravilloso, no se puede hacer lo que él hace. ¡Quizás tuvo una hija que cantaba como yo! ¡Quizás perdió una amante que tenía el eco de mi voz! ¡La melancolía de mi acento! ¡Quizá su madre entonaría en su cuna dulces cantares, y los míos le recuerden las horas de su infancia! Entre ese hombre y yo debe existir algo gemelo, algo que le arrastre hácia mí ó que le represente su felicidad perdida. Pero, ¿qué mas lazo que la desventura! ¿Qué mas amigo que el dolor?

Una tarde cruzó Julia el jardín, y no halló al ciego. Se asomó á las verjas, y no le vió venir. Se sentó en un banco de césped á aguardarle. Miró al cielo con tristeza, y suspiró.

—¡Quizás el infeliz habrá dejado ya de sufrir! se dijo. ¡Quizás se habrá extraviado en ese tortuoso camino! ¡Oh! ¿Quién sabe si se habrá estrellado contra uno de esos pinos, ó habrá caído por una de esas laderas? ¡Pobre ciego! ¡Me hacia compañía!... ¡En la soledad necesitamos el ave, el corderillo que está á lo lejos, en la montaña, y el tostado pastor que cruza por las tardes el áspero camino, cantando ó tocando la flauta de caña que él mismo ha hecho para que le distraiga en su retiro! Me había acostumbrado á ver á ese infeliz con la frente inclinada al suelo, como la estatua del Dolor. ¡Ya cantaba para él! ¡Es tan grato que alguien se interese por nosotros! ¡Que alguien sepa interpretar nuestros sentimientos! ¡No! ¡no viene! ¡pobre ciego! ¡Es la primera tarde que al bajar á este sitio no le veo! ¡Ya no vendrá! Cantemos sola como siempre.

Y distraidamente deshojaba Julia una florecilla con hastío y desaliento. ¡Tal es la vida!.. La que en otro tiempo reunía á su alrededor multitud de seres elegantes, apasionados, finos, amantes, que la aplaudían con entusiasmo, mientras ella los miraba con desden, ahora, en su aislamiento, echaba de menos un ciego infeliz que recibiese los ecos perdidos en aquel espacio, los suspiros melancólicos de su corazón. ¡Qué cierto es que necesita el alma otra alma que la admire, otro ser que sienta con ella! La sensibilidad necesita comunicarse para que no nos ahogue y llegue á convertirse en desesperación.

¡Pobre ciego! volvió á murmurar Julia: y se alejó del jardín. Entró en el pabellon con paso tardío: abrió el piano con desaliento, y empezó á cantar. Estaba distraída, no acertaba con las notas, y se levantó impaciente: miró á lo lejos las verjas, y estaban solitarias como su melancolía.

Entonces empezó á hojear las sentidas poesías de Víctor Hugo, esa alma poética que delira también; esa mente atrevida, atacada de una fiebre sublime, ese ser original, que dice como nadie ha dicho, y que siente como nadie ha sabido sentir. Que unas veces es terrible, extraordinario, y otras dulce y sen-

sible, como un niño que llora y sonríe á la vez. Que sabe pintar todo lo gigantesco, lo imposible, y detenerse en las mas inocentes superficialidades.

Espíritu libre y atrevido, que sabe crear ensueños, y despertarnos á la potente voz de una escena, que jamás hubiéramos llegado á adivinar. Vaporoso como el aire, y esclavo de una *idea*.

Idea tenaz, fija, que preside sus obras, y que adorna con vastísimos episodios, mezclados de lágrimas y sangre, de hiel y desesperación!.....

En él se hallan todos los sentimientos que se busquen, apurados en un vaso de dolores.

Julia buscó el que mas hablaba á su historia, á su amor frustrado, á su pasión comprimida, y tomando la pluma, empezó á traducir un fragmento de

LA NOCHE Y TÚ.

El amor es la vida.

Cuando del hombre misero se aleja

la juventud querida,
un recuerdo de amor solo le aqueja,
solo llora el amor que le abandona.

La hermosura es la frente,
y el amor su corona refulgente:
deja que yo te ciña esa corona.

—
¡Oh!... lo que llena el alma no es el oro;
no es la anhelada gloria,
nombre hueco y sonoro;
no es la ambición que con afán profundo,
tras ventura ilusoria,
ansiosa roe la corteza amarga
de las cosas del mundo.

—
Lo que al inquieto corazón embarga
en plácido embeleso,
es la unión de dos almas, una mano
con otra mano trémula enlazada;
el perfumado beso,
todo lo que descubre una mirada
de otra mirada en el secreto arcano,
y todos esos cantos que suspira
dentro del corazón oculta lira.

—
Todo tiene su ley; todo en la tierra
sigue obediente misterioso instinto.

En estrecho recinto
para todos se encierra
de la vida el anchísimo horizonte;
centro que nos atrae, todos tenemos.

Su batel y sus remos
el pescador; el cisne el limpio lago;
las águilas, el monte;
las almas del amor, el dulce halago!

.....
Aquí llegaba Julia de su traducción, cuando un ruido extraño la hizo soltar la pluma y quedarse suspensa. Llamaban á la puerta del jardín con grandes golpes, á la vez que se oía el relinchar de algunos caballos. ¿Quién podía venir á interrumpir su vida solitaria? ¿No sabían todos, por aquellos alrededores, que la española no admitía visitas, ni existía para el mundo?

El jardinero vino apresurado, casi sin poder hablar por la sorpresa, á decir á su ama que dos arrogantes militares venían en sus caballos, trayendo en uno de ellos un hombre, al parecer, muerto.

Julia se estremeció con este relato, y llamó á Andrés, su criado de confianza, menos torpe en verdad que el jardinero, para que fuese á ver lo que era aquello, y le trajera noticias; pero ¡cuál fue su asombro cuando Andrés vino diciendo lo mismo que su compañero!

—¿Y qué piden, qué quieren esos señores?

—¡Hospitalidad!

—Pero... Y ese hombre muerto... ¿qué significa?..

—Acaso no sea muerto; quizás le haya dado algun accidente.

—¿Y reclaman nuestros socorros?

—¡Sí, señora!

—¡Entonces no te detengas! Ve á abrir, suceda lo que suceda, que si estas puertas están cerradas á la felicidad, nunca se negarán al infortunio.

Andrés partió, y su señora, no pudiendo sujetar su impaciencia, salió tras él para recibir á los que pedían asilo. Cuando se abrió la puerta, una escena rara se presentó á su vista: dos arrogantes militares sostenían el cuerpo de un hombre herido en la cabeza, según demostraba la sangre que por su rostro corría. Se habían bajado de sus hermosos caballos, y se ocupaban con esmero del herido.

Julia dió un grito de horror ante aquel espectáculo; pero reponiéndose al momento con aquella energía que presta el deseo de hacer bien, dijo á los militares:

—¡Pasad, señores, pasad, y decid en qué podemos servirlos!

—Nos hemos encontrado en una zanja del camino este hombre casi muerto, y sin titubear le hemos cogido sobre nuestros caballos para ver dónde podíamos encontrar lo necesario para cerrar la herida que tiene en la cabeza. Llamamos en una quinta que lleva por cierto un nombre piadoso, como advocación de Nuestra Señora, y nos han rechazado diciendo que no reciben cadáveres para luego tener que habérselas con la justicia.

—En efecto, señores; es espuesto lo que habeis hecho, y no lo es menos el admitir un hombre en ese estado; pero no me habeis de ganar en generosos sentimientos. ¡Pasad á mi casa, señores, y el cielo nos favorecerá!

—¡Vos!... ¿Sois española?

—¡Aquel hermoso cielo me dió su primera luz! ¿Vos tambien sois español? dijo Julia mirando atentamente al que la interrogaba.

—Tambien lo soy.

—¿Del Mediodía?

—Y del país mas hermoso que vieron ojos humanos.

—¿De Sevilla?

—¡No, de Granada! ¡De la Damasco de Oriente! ¡De la perla codiciada por el orbe! ¡De la Sultana vestida de flores!... Pero... despues, despues, señora, os diré mi nombre y el motivo de mi viaje por Cintra. Ahora socorramos á este infeliz.

—¡Andrés! ¡Francisco!... ¡Disponed un cómodo lecho á ese desventurado, y llevadle vosotros mismos hasta él!

Los criados obedecieron aterrados aquella órden, y cuando fueron á coger el herido para llevarlo al lecho, el jardinero dió un grito doloroso, diciendo:

—Es el ciego, señora! ¡el pobre ciego!...

—¡Ah! ¡Qué horror!... contestó Julia fijando los ojos espantados en aquel bulto, que hasta entonces no habia querido mirar por horrorizarle su estado. ¡Pobre ciego! ¡Bien decia yo!... ¡Pobre ciego!

—¿Le conoceis, señora? preguntaron los militares.

—Todas las tardes las pasa en las verjas del jardin oyendo el piano.

—¿Y no sabeis quién es?

—Solo sé que ama la soledad y la música. ¡Infe-

liz! ¡Vamos, vamos todos á socorrerle! Seria terrible que viniese á morir en los sitios que parecia buscaba la vida. ¡Oh! ¡Qué extraño suceso!

—¿Será, dijo Julia interiormente, que yo sea un anatema de destruccion, un genio maldito para todos los que se acercan á mí? ¡Oh, esto es horrible! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Ni aun la soledad ha de bastar á mi destino?

Por fortuna, Julia tenia en su quinta cuanto era necesario á una cura de medicina ó cirugía, pues acostumbrada á no llamar nunca facultativo para sus males, y estando ademas bastante instruida en ese ramo, por aficion á toda clase de ciencias, habia reunido un pequeño botiquin, del cual administraba muchas veces pociones á algunos pobres de las cercanías. Una mujer como ella, piadosa y caritativa, natural es que quisiese administrar consuelos al alma y remedios á los males fisicos. Los militares, avezados á heridas y sangre, se dispusieron con ánimo fuerte á ver el modo de reanimar al herido y curar su cabeza, que era lo que por entonces ofrecia peligro. Era necesario para ello cortar los grandes mechones de cabellos que cubrian la frente del desventurado. Así lo hicieron en efecto; pero su sorpresa fue grande, terrible, al ver que aquella gran barba era postiza, y que se sujetaba con unos alambres á manera de gafas tras las orejas, cubriéndola luego con los rizos que caian por las sienes.

—¿Qué significa esto? dijo uno de ellos con asombro.

—Que este hombre no es lo que parece.

—¿Será un criminal?

—¿Quién sabe!

—He creido ver ese rostro en Olivenza, dijo el otro militar quitando la postiza barba al herido.

—Esa fisonomía no es la del crimen.

—Cierto, contestó su compañero.

—Aquí debe encerrarse una historia.

—De la cual acaso sea la victima este infeliz.

¡Cielos! ¿No veis?

—¿Qué!

—¡Un retrato!

—¿Dónde?

—¡En su pecho! ¡Mirad, no os parece!...

—¡Con efecto! ¡Sí! ¡No, no me engaño! Hace poco que hemos visto el original.

—Este hombre venia disfrazado.

—Sí; pero la dueña de esta quinta debe conocerle. Tened la bondad de llamar á vuestra señora, dijeron al jardinero, que estaba á la puerta del aposento para lo que pudiese ocurrir.

Julia, que se habia retirado por no presenciar la cura, llegó á pocos momentos. Los dos militares fijaron en ella los ojos con atencion por ver si se equivocaban, y dijeron para sí: «Esta es mas delgada y menos jóven que la del retrato; pero cualquiera diria...»

—¿Qué mandais, señores?

—Que tengais la bondad de acercaros á este herido y decirnos si le reconocéis. Ya está limpio su rostro de sangre: ya está vendada su cabeza y el horror ha desaparecido: podeis acercaros sin temor.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo Julia tapándose la cara con ambas manos.

—¿Qué teneis?

—¡Oh! ¡Será posible?

—¡Pero!...

—¡Oh, dejad, dejad que le mire bien, que me cerciore de que ese hombre, el amigo de mi corazon, el hermano de mi hermana!...

—No os molesteis. Quizás por este retrato...

—¡Ah! ¡Sí, sí! ¡El mismo! ¡Arturo! Pero... ¡en qué estado!... ¡Oh! él era el ciego; el que venia todas las tardes á oír mi voz. ¡Infeliz!... ¿Por qué no hablaba? ¿por qué no se dirigia á mí? ¡Yo tengo la culpa, yo; mi ciego orgullo, mi indiferencia, mi desamor!... ¡Ah señores!... ¡por piedad, por piedad os lo suplica una mujer que ha sufrido mucho! ¡Haced que viva... que viva... y yo os bendeciré; yo me arrastraré de rodillas delante de vosotros! ¡Yo pediré á Dios durante las batallas por que la bala del enemigo huya de vuestros pechos! ¡Salvadle, salvadle por piedad! Mas tarde os contaré una triste historia. El tambien os la referirá... ¡Ha sufrido tanto!... ¡tanto!

Los dos militares se miraban sin comprender aquella escena; pero por la agitacion de Julia, por su rostro dolorido á la par que grave y hermoso, por la pureza que reflejaba en su ancha frente y por el acento de verdad que tenian sus palabras, adivinaron que nada habia allí de criminal ni de deshonesto. Aquella seria una de tantas historias de amor y

sufrimientos que lleva encerrada cada corazon, y que solo se revelan en un grande suceso, en uno de esos casos en que el sentimiento estalla en contra de la reserva y de la razon. Nada preguntaron á Julia: respetaron su secreto, su amargura, su delirio, y con los ojos arrasados de lágrimas se esforzaron en reanimar al herido.

—No me desampareis, les dijo Julia.

—Aquí nos tendreis, señora, hasta que nos orde-neis partir.

—¡Gracias, gracias! dijo Julia mirándolos con agradecimiento; y tendiendo á cada uno una de sus blancas manos, las estrechó con efusion, diciendo:

—Sois españoles, y debeis ser buenos. Sois militares, y debeis ser nobles. Sois caballeros, y los caballeros se portan cual lo haceis. Mi alma os vivirá reconocida. ¡Y él... él tambien os amará mucho!

Nada contestaron; pero inclinándose ante Julia, la miraron de un modo respetuoso y fino á la vez.

Uno de estos militares era un jóven oficial, alto, moreno, de ojos pardos y mirada sombría. Se llamaba Dominguez, y habia venido á Olivenza (único punto que conserva la España de Portugal) acompañando al gobernador, que le queria mucho, y ahora habia pasado á ver á Lisboa y sus alrededores con el mayor, tambien de Olivenza, D. Santiago de la Cámara, que, encantado de las bellezas de aquellos panoramas grandiosos, los recorria antes de volverse á España, donde iba á regresar en breve, cumplido ya el tiempo de su compromiso en aquel pais.

Era el mayor un andaluz arrogante, como de cincuenta años. De modales elegantes y distinguidos, de ancha frente, que revelaba una fogosa imaginacion, tan ardiente como fecunda. Sus ojos eran negros, grandes, rasgados y espresivos. Sus cejas anchas y arqueadas hacian gran contraste, por su negro color, con una sedosa cabellera blanca que coronaba sus sienes como una diadema de plata, estrañando á todos los que le veian un rostro aun hermoso y jóven, adornado por el instintivo de una ancianidad prematura. Su corazon era como su rostro, espresivo y lleno de sentimiento y de caridad.

No se le invocaba nunca en vano, porque siempre respondia con nobleza y generosidad sin limites. Á la vez que tenia aspecto guerrero, y que estaba re-

vestido de una dignidad aristocrática, tenía esa ligereza y ese decir gracioso de los andaluces y todo su entusiasmo por las damas, sobre todo si eran hermosas y discretas como Julia. Así es que apenas oyó su acento lastimero y vió que necesitaba amparo en su agonía, detuvo su marcha, y se propuso estar en la quinta hasta que aquella acongojada mujer no necesitase su protección ó sus servicios.

El oficial Dominguez, por su parte, aunque no tuviese toda la abnegación de abandonar las delicias de un viaje agradable y pintoresco como ninguno, se avino á la resolución del mayor, y se quedaron por entonces instalados en la quinta.

XXVI.

Matrimonio y agonía.

En dos ocasiones de la vida entra un sacerdote á cumplir su misión en la casa de sus semejantes revestido de toda la autoridad de su noble ministerio. Esto es, cuando se celebra un casamiento ó hay que ayudar á un ser en su agonía.

En el primer caso, se espera con dulce esperanza, con una felicidad que casi ahoga, porque se calla; con una intranquilidad y un deseo temeroso y anhelante á la vez. Todos son preparativos: todos corren azorados, todos disputan el mejor adorno de los aposentos. Brillan las habitaciones, el lujo se estiende hasta el último sirviente de la casa, que con rostro alegre enseña á sus compañeros el regalo recibido. La novia, silenciosa y meditabunda, reprime los latidos de su corazón mientras la ciñen la corona y el velo, ideal de sus ensueños desde niña, y que al realizarse la da espanto, y hace arrancar á sus ojos un raudal de lágrimas de sentimiento y de ternura. Desea y teme á la vez. Goza y tiembla. Lloro ahorapora, no realizar aquel sacramento que con tan grande afán esperaba. Desearía negar el sí que mil veces ha jurado á su amante, y después de negarlo moriría de dolor, porque le sería imposible vivir sin el hombre que ha elegido. ¡Raro contraste! Sentimiento repulsivo á la par que necesario, que nos representa lo pobre y amargo de nuestra voluble condición, ó, mas bien, lo, aciago y fatal de nuestro destino. ¡An-

helar y temer! ¡Ver triste lo ya conseguido! ¡Crear una situación y aborrecerla luego! ¡Mirar el *ayer*, siempre mas agradable que el *hoy*! ¡Crear que va á destruirse el amor si se sujeta con lazos! ¡Sentir una vaguedad sin límites donde debía existir el aplomo y la certeza!

Tales son los sentimientos que agitan á la humanidad entera, en cualquier caso de la vida, y sobre todo en ese en que nos ligamos por medio de un juramento sagrado con un ser que vivió bajo otro techo, que sintió por sus venas otra sangre, que se amamantó con una fuente extraña á la nuestra, y que fue en condición, en costumbres, en gustos, todo lo contrario acaso de lo que vimos bajo el paterno-hogar, que se abandona por seguir á ese ser desconocido, con el cual se parte desde entonces el pan, el lecho, la casa, y hasta los mas recónditos sentimientos del corazón.

Ese paso, tan grande como la eternidad, es justo que sea presidido y bendecido por el sacerdote, como aquel en que se entrega el alma al Criador. En ambos representa á Dios el hombre, para ofrecernos ayuda y perdón, fortaleza y sosten, y en ambos se necesita un altar, un Crucifijo, luces y acompañamiento.

Solo se distingue el acto de la agonía al del matrimonio en que todos hablan bajo, los criados cuchichean, los convidados vienen vestidos de negro, los parientes traen el rostro compungido, las galas son divinas, en vez de ser profanas, la música es un cántico fúnebre, y se escucha un estertor y un quejido entre las blancas colgaduras donde yace el enfermo.

En el acto del matrimonio, dos seres gozan y sufren, y una familia les acompaña. En el de la agonía tambien son dos seres desgraciados, si el esposo ó la esposa van á dejar de existir. ¡A este llanto sigue el de los hijos! ¡Cuadro lúgubre que destroza el alma! ¡Paso terrible que nos conduce á la eternidad! ¡Poder sublime de Dios, é impotencia de los que quedan llorando por el que ha dejado de existir!

.....
 ¡Era matrimonio ó muerte lo que sucedía en la quinta? ¡Por qué leía y rezaba en el pabellón un venerable sacerdote, mientras en el interior de la casa

había preparativos que indicaban ambos sacramentos? Un enfermo yacía en el lecho próximo á la agonía, y una mujer hincada de rodillas lloraba en silencio.

Dos nobles militares estrechaban las manos del enfermo y le dirigian miradas dolorosas. Despues de muchos dias de sufrimiento y lucha, iba á entregar su alma al Criador el herido. Acababa de confesarse, é iba á recibir al Señor, y estaba resignado. Un facultativo ponía la última receta, cuya bebida no creía llegase ya á tiempo, y el ministro del Señor le preparaba la verdadera dicha y el último de los socorros cristianos.

—¿Cuándo le administran? decían dos criados y dos asistentes, únicos sirvientes de aquellos afligidos personajes, que componian un interesante drama.

—Dentro de media hora, si no se alivia con la bebida que voy á traerle por orden del doctor.

—¿Y cuándo se casan?

—Apenas le administren.

—¿Vaya una boda!

—Una boda y un entierro.

—¿Triste ceremonia!

—¿Casarse para morir!

—¿Es cosa nunca vista!

—¿Otros han hecho lo mismo!

—¿Qué mal se aviene una boda con el artículo de difuntos!

—¿Y es español el enfermo?

—Del país de la señorita.

—¿Se conocieron allá?

—¿Toma! ¡por supuesto!...

—¿Y ha venido á buscarla?

—Como lo oyes.

—Mucho me pasma esa historia.

—Es una cosa muy rara. ¡Fingiéndose pobre y ciego!...

—Ciego lo está realmente.

—Sí; pero asegura el médico que bien pronto sanará. La sangre que derramó de la cabeza dicen que ha sido provechosa á su vista.

—¿Sanará! ¿Pues no dicen que se muere?...

—¡Ya!... pero si viviese, volvería á ver, segun dicen!

—¿Y cómo le ocurrió esa desgracia?

—Al cruzar el camino, torció por otro sendero creyendo acortar, y resbaló por un peñasco y se rompió la cabeza, quedándose como muerto.

—¿Y por qué venia solo? ¿Por qué no traía lazarillo?

—Porque no era ciego del todo. Veía lo suficiente para buscar los senderos: ademas, que no queria descubrir sus secretos á nadie.

—¿Pobre jóven!

—¿Y es en verdad un buen mozo!

—Un San Antonio parece postrado en aquella cama.

—Y lo peor es que, si acaba, la señorita se muere.

—¿Como que ha consentido en ser su esposa por creer que con esta felicidad le daría la vida!...

—¿Eh! los que van á morir, poco se pueden alegrar de que les echen las bendiciones.

—Este Francisco es un bruto. ¿Conque no es alegría lograr al fin aquello por que se suspira tanto tiempo?

—Sí; para morir en seguida. ¡Vaya una diversion!

—Mejor es que calles. Aquí no tienes voto. Ve por la medicina. Yo conocí en Sevilla al Sr. Arturo, y era todo lo que se llama un arrogante mozo, y rico al mismo tiempo; pero entonces estaba casado con una que por cierto no valia lo que mi señorita. Luego ha enviudado, y como, segun dicen, desde niño habia querido á la que hoy va á ser su esposa, por mas que ella le dijera mil veces que *no*, vino á suplicarla de nuevo, y, no atreviéndose, se contentaba con oirla cantar desde las verjas; pero Dios, que todo lo dispone segun su voluntad, hizo que por medio de una desgracia llegaran á verse los que habian nacido el uno para el otro.

—Hijo mio: *casamiento y mortaja, del cielo baja.*

—Por mas lejos que nos veamos de la que ha de ser nuestra mujer en el mundo, aunque al nacer nos tiraran á cada uno por su lado y nos separaran los mares y la tierra, al fin vendríamos á juntarnos, si era voluntad de Dios. Algunas veces las semillas de una flor han ido á parar á setecientas leguas de distancia, porque el huracan las ha trasportado. Pues

bien : así rueda nuestra mujer por el mundo, hasta que damos con ella.

—De los trópicos traje yo á la mia, dijo uno de los asistentes, cuando ni sabia siquiera que existia en el orbe tal criatura.

—Mi padre conoció á mi madre en un viaje larguísimo que hizo por mar. Se conocieron, y al separarse sintieron que se les arrancaba el corazón. Quedaron en escribirse; pero mi padre cayó enfermo con un tabardillo negro, que estuvo cuarenta y un dias si se va si se viene. Una linda vecinita, acompañada de su madre, le asistieron; y como la muchacha era como unas perlas, y casi podia decirse que á sus extremos debia la vida... sucedió lo que era natural, se enamoraron; y por mas que mi padre se acordase de la otra que quedaba al lado allá de los mares, como no la habia dado palabra de casamiento, ni habia otra cosa que la voluntad, esta se torció por un momento hácia la bonita enfermera, y cate V. á Periquito hecho fraile. No hubo mas; se casaron, y... ¡se casaron!

Pero... como mi padre era honrado, se acordó de que la otra pobrecilla le estaria aguardando, y le entró una tristeza, que por poco se muere.

¡No hacia mas que rebinar y rebinar!... hasta que tomó la pluma y escribió á la triste novia cuanto le habia ocurrido. Esta estuvo tambien á punto de morir, y en desquite de la ingratitud, se casó al momento con uno que nunca habia querido. Se casó, y siempre estuvo llorando por mi padre, y mi padre por ella, pues su mujercita sacó un genio tan discolo y raro, como amable habia sido en la enfermedad. Los años que ambos pasaron así fueron crueles; pero no sabian el uno del otro, hasta que un dia...

—Ocasión es esta de historias; ¡no oís lo que está pasando allá dentro? dijo uno de los asistentes.

—¿Qué pasa?

—¿No oyes llorar?

—¿Con efecto!

—Pues acaba. ¿Tu padre y tu madre enviudaron y se casaron luego?

—Justamente.

—De esos ha habido muchos.

—Ya; pero esta historia fue muy larga.

—Como todas las de amores.

—¡Andrés! ¡Andrés! gritó una voz dolorida.

—¡Allá voy, señorita!

—¡Ah! ¡Muerto, muerto! dijo Julia ya mas cerca. Y cayó en un divan de la antesala.

Los criados empezaron á correr desalentados. Los dos nobles militares, arrasados los ojos de lágrimas, sostenian á la desventurada Julia, que yacia sin sentido, y el médico y el sacerdote oraban cerca del lecho.

Nadie se atrevia á dar una orden : despues de los gemidos y la confusion, todo quedó en el mas profundo silencio. Los preparativos matrimoniales se trocaron por los paños mortuorios. Julia volvió en sí; pero su mirada indicaba un estravío de ideas que ella misma no podia unir ni retener en su cerebro. Ya no lloraba. Ya no podia verter ese bálsamo de consuelo, tan necesario al que sufre.

Despues de apoyar la barba en el seno y quedarse mucho tiempo reflexiva, alguna imagen terrible cruzó por su mente, y dirigiéndose como el rayo hácia un balcon que caia al jardin, y agarrándose con fuerza á la balaustrada, dejó concebir un pensamiento horroroso.

Los dos nuevos amigos lo conocieron y la sujetaron por el traje, que, desceñido, arrastraba por el aposento.

Volvió la vista, terrible y sombría, diciendo:

—¿Por qué me sujetais?

Pero en el mismo punto vió cruzar el sacerdote por la galería con un grande Crucifijo en las manos: entonces cayó de rodillas, y cruzando las manos sobre el pecho, exclamó:

—¡Perdon, Dios mio, perdon! ¡Soy cristiana y os ofendo! ¡Perdon, perdon, Dios mio!

—¡Vive! ¡vive! gritó una voz balbuciente de alegría en el dintel de la habitacion. ¡Vive! repitieron todos, y cayeron de rodillas.

Á las pocas horas el sacerdote bendecía una union en el lecho en que poco antes yacia un hombre sin esperanzas de vida. El cadáver entreabria sus blancuecinos labios para tomar por esposa la que tanto habia amado.

La agonía de Arturo duró mucho tiempo; pero la felicidad aterró una vez á la implacable muerte, que huyó de aquellos sitios diciendo:

«¡Se han hallado al fin, y se han unido: gocen algunos años de su dicha, que yo me encargaré de separarlos cuando mas embriagados se encuentren.»

A los pocos dias, el mayor y el oficial salian para España, gozosos con la felicidad de sus amigos. Estrechos abrazos se dieron mutuamente, y Arturo puso en manos del mayor una carta para su hermana Elena, que decia así:

«La he buscado con teson: la he hallado: somos esposos. Voy recobrando la vista. ¡Qué mayor felicidad? Apenas tenga fuerzas, saldremos para Sevilla. Ella ignora tu estado de prosperidad, y que has recobrado los bienes de que se despojó algun dia por salvarnos á todos de la deshonra. ¡Qué grata sorpresa voy á darla!... ¡Nos cree pobres y desgraciados! De otro modo, acaso no se hubiera unido conmigo jamás. Desde que nací me habia señalado esta mujer el destino. Ella será el ángel de mi porvenir. Nos hemos encontrado para no separarnos mas. Ya te contaré esta historia. Elena mia, todo es providencial en el mundo. Solo Dios puede obrar semejantes maravillas.

«Adios: tu hermano que te adora,

«ARTURO.»

Un mes despues de esta carta, leian los dos esposos una de Elena que decia así:

«Todo está preparado para vuestra venida. Si matase la alegría, no me encontraríais al llegar, porque el placer de pensar que voy á veros concluiría con vuestra hermana. Muchas son las personas que van á salir á recibirlos en carruajes. La vuestra va á ser una entrada triunfal donde todos os aman, sobre todo á Julia, á quien los pobres apellidaban *Madre de la Caridad*, y donde tantos recuerdos dejó de sus virtudes. Doña Mercedes va á organizar su nueva tertulia solo porque vosotros venís. Matilde y Guzman, matrimonio modelo, gozan al saber que sois tan felices como ellos, á quienes sonrie la fortuna desde su enlace. Mi esposo os saluda con cariñosos afectos. ¡Hasta nuestra vista, hermanos míos! El infortunio ha separado ya de nuestras cabezas la segur que ha tenido suspendida tanto tiempo.

«Benedicid á Dios como lo hace vuestra hermana

«ELENA.»

EPÍLOGO.

—¿Y es cierta esa historia? decia una elegante dama á un apuesto militar, que sentado en un banco de césped ofrecia á su interlocutora asiento á su lado, para acabarle de referir lo que tan absorta la tenia.

—Tan cierta es, como que hoy viven en Sevilla Julia y Arturo, y son uno de los matrimonios mas felices que se conocen.

—¿Y ricos!...

—Tan ricos, que, á no ser porque pronto dará Julia un heredero, llorarian no saber qué hacer de su fortuna.

—¡Vaya una historia singular!

—¡Habrà tantas de su clase! Solo que no todas tienen quien se tome el trabajo de narrarlas como esta.

—¡Es cierto! Y vos, mayor, ¿os vais á retirar ya del servicio?

—Aquí pienso quedarme.

—¿Y no volveréis á Portugal?

—Ya he cumplido allí la mision que llevaba.

—¡Hermoso retiro habeis elegido! Vivir en Granada y en un cármén lleno de tradiciones y curiosidades, es tener un paraíso en la tierra. ¡Cómo se llama este sitio?

—¡Torre Bermeja!

—¡Qué bellas tradiciones se cuentan aquí!

—Ya que la casualidad os ha traído por estas alturas, vereis esta posesion, que está á vuestras órdenes.

—¡Qué cosa tan magnífica! ¡Qué arquitectura tan original! ¡Quién ha dirigido esos mosaicos! ¡Quién esos jardines, esos riscos, esas grutas, esas cascadas, esos cenadores orientales?

—¡Yo, señora, yo!

—¡Oh, sois un hombre extraordinario! ¡Sois el Bajá de Torre Bermeja!... Ni el mismo Alhamar el Sabio pudo formar tantas maravillas á la vez. Cuando termine mi viaje de Andalucía, diré que he visto á la falda del arabesco recinto de la Alhambra una de las maravillas mas preciosas que tiene la ciudad de Boabdil: un tesoro de la natura-

leza y el arte, un conjunto de bellezas que no se puede describir.

—Y añadiréis en vuestro libro de memorias que aquí os contaron una historia con visos de novela, que vos quisisteis luego bautizar con el título de *La Media Naranja*.

ROGELIA LEON.

FIN.

TRISTEZA DEL INVIERNO.

¡Ay! no puedo cantar; la lira mía,
que henchida de alegría,
ayer sus tonos elevó gozosa,
hoy tímida enmudece,
y mi dolor acrece
la ribera al mirar tan nebulosa.

No tengo inspiración; triste mi alma
perdió la dulce calma
que en estos valles disfrutó con gloria,
cuando alzaba mi canto
ajena de quebranto,
en idea fantástica, ilusoria.

Ya no puedo cantar; miro nublado
el velo tachonado
que chispas tan brillantes fulguraba,
en la noche serena,
cuando la Filomena
su cántico de amores entonaba.

También la luna su esplendor nos vela;
ni plácida ríela
en los cristales del undoso río;
ni brilla en la pradera
la flor que lisonjera
ostentaba sus galas en estío.

Y nos oculta el tapizado suelo
carámbanos de hielo
que por doquiera reflejar se miran
cual cinta plateada
que brilla en la enramada
cuando las sombras de la noche giran.

Todo es luto y tristeza en la natura:
el árbol su verdura
perdió también y su gentil belleza,
su ramaje maltrata

el cierzo, y le arrebató
su marchitada pompa entre maleza.

Y no hay aves; huyeron á otras zonas:
solo hay tristes palomas,
en ese valle ayer, bello y florido,
que hoy estéril y seco,
ni aun presta escaso hueco
donde el ave torcaz ponga su nido.

Y yo de esta ribera moradora,
triste me halla la aurora,
triste también la luz del medio día,
¡ay! y anegada en llanto
al estender su manto
de tinieblas y horror la noche fría.

Y como el campo, yerto, silencioso,
mi pecho doloroso
recuerda con placer la primavera,
para entonar mi lira,
que en soledad suspira
sus cánticos de amor en la pradera.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Villamanrique.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE BAILE.

Primera figura. Vestido de *point-de-soie* sobre el medio de cada paño, gruesos ramilletes de flores y follaje enlazados por una guirnalda ondulada. Segunda falda de tul de ilusión, doble, drapeada con cordones de flores, cuerpo escotado, drapeado de tul con cordones de flores. El mismo adorno en los cabellos.

Segunda figura. Vestido de rasó color de botón de oro, adornado en el bajo de un volante de blonda ondulada, sobre el cual va un bordado de perlas. Cuerpo escotado, vesta redonda por detras, cruzando sobre el pecho y terminando en dos largos cabos figurando frac: es de la misma tela del vestido con igual adorno de blonda. En los cabellos diademas de pedrería; pendientes iguales.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, ENRIQUE DOMENECH.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1884.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull,
calle del Pez, núm. 6, principal.



2494

LA VIOLETA

Redaccion y Administracion

Ayuntamiento de Madrid
Concepcion Geronima N.º 15, Ptal Derecha



LA VIOLETA

INDICE

MATERIAS QUE SE ENSEÑAN EN LA COLEGIO DE MADRID

1. Gramática y Ortografía	2. Historia	3. Geografía	4. Matemáticas	5. Física	6. Química	7. Medicina	8. Literatura	9. Idioma	10. Música	11. Dibujo	12. Agricultura	13. Artes y Oficios	14. Comercio	15. Legislación	16. Ciencias Naturales	17. Ciencias Sociales	18. Filosofía	19. Teología	20. Religión
21. Historia Natural	22. Astronomía	23. Cosmografía	24. Meteorología	25. Zoología	26. Botánica	27. Mineralogía	28. Geología	29. Paleontología	30. Antropología	31. Etnología	32. Sociología	33. Psicología	34. Pedagogía	35. Pedagogía Social	36. Pedagogía Experimental	37. Pedagogía Teórica	38. Pedagogía Práctica	39. Pedagogía Comparada	40. Pedagogía Internacional
41. Pedagogía General	42. Pedagogía Especial	43. Pedagogía Profesional	44. Pedagogía Industrial	45. Pedagogía Agraria	46. Pedagogía Comercial	47. Pedagogía Social	48. Pedagogía Política	49. Pedagogía Económica	50. Pedagogía Jurídica	51. Pedagogía Filosófica	52. Pedagogía Religiosa	53. Pedagogía Científica	54. Pedagogía Artística	55. Pedagogía Literaria	56. Pedagogía Lingüística	57. Pedagogía Matemática	58. Pedagogía Física	59. Pedagogía Química	60. Pedagogía Médica
61. Pedagogía Veterinaria	62. Pedagogía Farmacéutica	63. Pedagogía Quirúrgica	64. Pedagogía Obstétrica	65. Pedagogía Ginecología	66. Pedagogía Pediatría	67. Pedagogía Geriátrica	68. Pedagogía Psiquiátrica	69. Pedagogía Psicológica	70. Pedagogía Psiquiátrica	71. Pedagogía Psicológica	72. Pedagogía Psiquiátrica	73. Pedagogía Psicológica	74. Pedagogía Psiquiátrica	75. Pedagogía Psicológica	76. Pedagogía Psiquiátrica	77. Pedagogía Psicológica	78. Pedagogía Psiquiátrica	79. Pedagogía Psicológica	80. Pedagogía Psiquiátrica
81. Pedagogía Psicológica	82. Pedagogía Psiquiátrica	83. Pedagogía Psicológica	84. Pedagogía Psiquiátrica	85. Pedagogía Psicológica	86. Pedagogía Psiquiátrica	87. Pedagogía Psicológica	88. Pedagogía Psiquiátrica	89. Pedagogía Psicológica	90. Pedagogía Psiquiátrica	91. Pedagogía Psicológica	92. Pedagogía Psiquiátrica	93. Pedagogía Psicológica	94. Pedagogía Psiquiátrica	95. Pedagogía Psicológica	96. Pedagogía Psiquiátrica	97. Pedagogía Psicológica	98. Pedagogía Psiquiátrica	99. Pedagogía Psicológica	100. Pedagogía Psiquiátrica